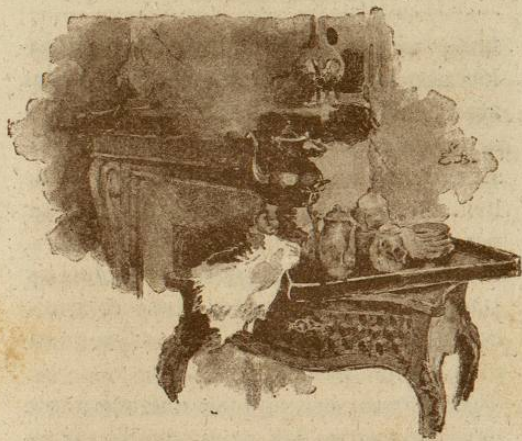


zal del viejo Borelly. ¡Y yo que había contado con mis paisanos para demostrar que no había ni caricaturado ni mentido! Al contrario; preguntadles, hasta ahora mismo que ya se ha apaciguado su cólera, á los más exaltados, los de la parte extrema de nuestras provincias meridionales, y se pondrán muy serios y muy formales para contestaros: «¡Oh, todo eso es una pura exageración!»



LOS FRANCO-TIRADORES

Escrito durante el sitio de París.

La otra noche tomamos el té en casa del escriban de Nanterre. Y empleo con gusto esa palabra anticuada de *escriban*, porque viene como de molde al saborcillo á la Pompadour del bonito pueblo donde florecen muchachas premiadas con

una rosa, por su virtud, y al antiguo salón donde nos encontrábamos sentados al amor de una lumbre de sarmientos que ardía en el enorme hogar de una antiquísima chimenea adornada con flores de lis... El dueño de la casa estaba ausente; pero su imagen bonachona y simpática, colgada en la pared, presidía la fiesta y sonreía tranquilamente, desde el fondo de su cuadro ovalado, á los extraños convidados que llenaban su salón.

¡En efecto, era aquella extraña gente para figurar en las reuniones de un notario! Capotes galoneados, barbas de ocho días sin afeitarse, kepis, capotes de soldado, botas enormes; y en todas partes, lo mismo encima del piano que sobre el velador, mezclados con los cojines de guipur, las cajitas de Spa, las cestas de flores contrahechas, sables y revólvers. Todo esto formaba un raro contraste con aquella vivienda patriarcal, donde aún parecía estar flotando el olor de pasteles de Nanterre servidos por la lindísima hija del notario, premiada con la rosa de la virtud y vestida con trajecito de organdí... ¡Ah! que ya no hay en

Nanterre muchachas premiadas con la rosa. Han sido reemplazadas por un batallón de franco-tiradores de París, y la plana mayor del batallón—alojada en casa del notario—nos invitaba á tomar té aquella noche...

Jamás me había parecido tan hermoso el estar al amor de la lumbre. Fuera, el viento soplabá sobre la nieve y nos llevaba con el ruido de las campanadas de un reloj que daba las horas, el ¡quién vive! de los centinelas, y de vez en cuando, la detonación sorda de un chassépot... En el salón se hablaba poco. El servicio de avanzada es muy rudo, y se está cansado cuando se vuelve de él por la noche. Además, aquel perfume de íntimo bienestar que sube de las teteras envuelto en torbellinos de azulado humo, nos había invadido á todos, nos tenía como hipnotizados en los sillones del *escriban*.

De repente oyense pasos precipitados, ruido de puertas, y con la mirada extrañada, la voz agitada, cae en medio de nosotros un empleado de Telégrafos.

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Atacan el puesto de Rueil!

Es un puesto avanzado establecido por los franco-tiradores á diez minutos de Nanterre, en la estación del ferrocarril de Rueil, como si dijéramos, en Pomerania... En un abrir y cerrar de ojos toda la plana mayor está de pie, armada, abrochada, con los cinturones puestos y andando por las calles para formar las compañías. No se necesita corneta. La *primera* está alojada en casa del cura; pronto, dos puntapiés á la puerta del cura: «¡A formar! ¡Arriba!»

Y en seguida se dirigen á casa del escribano, donde están alojados los de la *segunda*... ¡Oh! aquel pueblecillo envuelto en tinieblas, con su puntiagudo campanario cubierto de nieve; con sus jardinillos con cancela que al abrirse dejaban oír una campanilla como si se entrase en una tienda; sus casas desconocidas; sus escaleras de madera, por las cuales corría yo á tientas, detrás del sable del ayudante mayor; el cálido aliento de las habitaciones, que abríamos para dar la voz de alarma; los fusiles, que sonaban en la oscuridad; los hombres, medio dormidos, que salían á formar, dando trope-

zones, mientras allá, en la esquina de una calle, cinco ó seis campesinos asustados, se decían unos á otros, con sus linternas en las manos; «¡Ya están ahí... nos atacan; nos atacan...!» Todo esto, en aquel instante, me producía el efecto de un sueño; pero la impresión que de ello conservo es indeleble y precisa...

Paréceme estar viendo la plaza del Ayuntamiento á oscuras; las ventanas de la oficina de Telégrafos, encendidas, una primera sala donde esperan los ordenanzas con el farol en la mano; en un rincón el cirujano irlandés del batallón, preparando flemáticamente los estuches, y la silueta adorable—en medio de aquella batahola de escaramuza—de una cantinera vestida de azul como una chica del hospicio, la cual duerme con el fusil entre las piernas; luego, por fin, en el fondo, la oficina de Telégrafos, las camas de campaña, la gran mesa, blanca de luz, los dos empleados inclinados sobre los aparatos, y detrás de ellos el comandante, que se inclina también, siguiendo con ansiosa mirada las largas bandas que se vacían, y dan de minuto en minuto

noticias del punto atacado... Decididamente parece que la cosa se formaliza. Despachos sobre despachos. El telégrafo, enloquecido, sacude sus timbres eléctricos y precipita rabiosamente su tic-tac de máquina decoser.

—Vengan pronto, dice Rueil.

—Allá vamos, contesta Nanterre.

Y las compañías salen á paso de carga.

Convengo en que la guerra es lo más triste y lo más estúpido del mundo. No conozco nada ciertamente tan lúgubre como una noche de Enero pasada tiritando como un lobo viejo metido en un foso; nada tan ridículo como un casco de caldero que se os pega en la cabeza desde una distancia de ocho kilómetros; pero salir en una noche clara de hielo, para una batalla, con la tripa llena y el corazón caliente; precipitarse á la carrera en la oscuridad, á la ventura, en compañía de buenos muchachos, con los cuales se va en constante tacto de codos, es un placer delicioso, algo así como una excelente embriaguez, pero una embriaguez especial que quita la borrachera al

que está ebrio y hace ver claro al que tiene la vista más turbia...

Yo puedo asegurar que aquella noche



veía muy bien. Y, sin embargo, no había ni tanto así de luna, y lo blanco de la nieve que cubría la tierra era lo que daba

luz al cielo, luz de teatro, cruda y pálida, que se esparcía hasta el final de la llanura, y sobre la cual hasta los más insignificantes pormenores del paisaje, un lienzo de pared, un poste, una fila de árboles, se destacaban secos y negros como despojados de su propia sombra.. Por el sendero que corre paralelo á la carrera, los franco-tiradores desfilaban al paso de carga. No se oía más que la vibración de los hilos telegráficos que iban á lo largo de la carretera, la respiración fatigosa de los soldados, los silbidos dirigidos á los centinelas, y, de cuando en cuando, un proyectil del Monte Valeriano que pasaba como un pájaro nocturno por encima de nuestras cabezas con un enorme aleteo... A medida que avanzábamos, delante de nosotros, á flor de tierra, los fogonazos de lejanos disparos de fusil lucían en la oscuridad como si fuesen estrellas. Luego, á la izquierda, en el fondo del llano, grandes llamas de un incendio empezaron á subir silenciosamente.

—«¡Pronto; en guerrilla!...» mandó el jefe de nuestra compañía.

—¡Nos van á copar! murmuró el compañero que iba á mi izquierda, con marcado acento parisiense.

De un salto se puso á nuestro lado el oficial.

—¡A ver! ¿Quién ha hablado?... ¿Has sido tú?...

—Sí, mi capitán, yo...

—Bueno... vete... vuélvete á Nanterre.

—Pero, mi capitán...

—Nada, nada, lárgate pronto... no te necesito... ¡Con que tienes miedo de que nos copen!... ¡Márchate, márchate pronto!

Y el pobre se vió obligado á separarse de las filas; pero á los cinco minutos había recobrado furtivamente su sitio, y ya no quería más que copar ó ser copado, cuanto más pronto mejor.

Pero no. Estaba escrito que aquella noche no habría copo. Cuando llegábamos á la barricada de la avanzada, terminaba el fuego. Los prusianos, que creían sorprender la avanzadilla, al encontrar á la gente despierta y en guardia y á salvo de una sorpresa, se retiraron prudentemente; llegamos á tiempo sólo para verlos desaparecer por el fon-

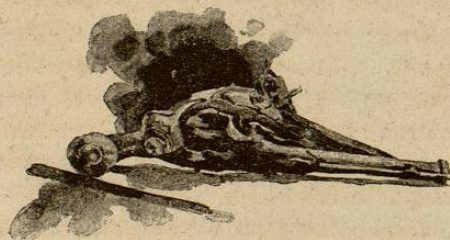
do de la llanura, silenciosos y negros como cucarachas. Pero por temor á un nuevo ataque, nos hicieron quedar en la estación de Rueil, y pasamos lo que restaba de noche en pie, con las armas en la mano, unos en la calzada y otros dentro de la estación, en la sala de espera...

¡Pobre estación de Rueil, vista otras veces por mí tan alegre, tan clara; estación aristocrática de los remeros de Bougival, por donde en verano paseaban aquéllos sus colmenas de muselina y sus cofias de crestas! ¡Cómo conocer que era la misma que la que veía ahora convertida en una lúgubre cueva, en una tumba blindada resguardada con colchones, oliendo á pólvora, á petróleo, á paja húmeda, en la cual estábamos hablando en voz baja, apretados unos contra otros, sin más luz que el fuego de nuestras pipas y el rayito de claridad que salía del rincón donde estaban los oficiales!...

De hora en hora, para distraernos, nos mandaban por escuadras á tirotear por la orilla del Sena ó á patrullar por el pueblecillo de Rueil, cuyas calles y casas, casi abandonadas, iluminábanse con el

reflejo de las llamas del Bosque de Preau, incendiado por los prusianos... Así pasó la noche sin novedad; al amanecer nos hicieron retirar...

Cuando entré en Nanterre estaba todavía oscuro. En la plaza del Ayuntamiento, las ventanas del Telégrafo se hallaban iluminadas y parecían un faro, y en el salón donde se alojaba la plana mayor, enfrente de la chimenea donde no quedaban más que cenizas aún calientes, el señor escribano seguía tranquilamente... sonriendo.





EL JARDÍN

DE LA CALLE DE LOS ROSALES

Escrito el 22 de Mayo 1871.

¡Fiáos, fiáos del nombre de las calles
y de su dulce fisonomía!... Cuando des-
pués de haber saltado barricadas y ame-
tralladoras llegué allí á lo alto, detrás de
los molinos de Montmartre, y ví aquella

callecilla de los Rosales, con su arroyo empedrado, sus jardines, sus casitas bajas, créime transportado á provincias, á uno de esos barrios tranquilos por donde se esparce la ciudad y disminuye, para venir á morir en el lindero de los campos. Ante mí nada más que una bandada de palomas y dos Hermanas de la Caridad con sus almidonadas tocas rozando tímidamente la pared. Allá, en el fondo la torre de Solferino, bastilla vulgar y pesada, lugar de cita en las excursiones de los domingos á las afueras, la cual ha hecho el sitio casi pintoresco al convertirse en una ruina.

A medida que avanza la calle, se ensancha y se anima un poco. Véanse por todas partes tiendas de campaña alineadas, cañones, fusiles puestos en pabellones; luego, á la izquierda, un portalón grande, delante del cual fuman sus pipas unos cuantos guardias nacionales.

La casa está un poco hacia atrás y no se ve desde la calle. Después de algunas explicaciones, el centinela nos deja entrar... Es una casa de dos pisos, entre un patio y un jardín, la cual no tiene nada

de trágica. Pertenece á los herederos del Sr. Scribe.

En el corredor, que conduce desde el patio embaldosado al jardín, están las habitaciones del entresuelo, aireadas, claras, tapizadas con un papel de flores. Allí celebraba sus sesiones el antiguo Comité central. Allí fué adonde en la tarde del día 18 condujeron á los dos Generales, y allí donde éstos sintieron la angustia de su última hora, mientras las turbas aullaban en el jardín y los desertores iban á asomar sus cabezas á los cristales de las ventanas como lobos que olfatean la sangre; allí también fué donde depositaron los dos cadáveres y los tuvieron expuestos durante cuarenta y ocho horas.

Bajo, con el corazón en un puño, los tres escalones que conducen al jardín; verdadero jardín de casa de las afueras, donde cada inquilino tiene su rincón de grosellas y alelíes separado con una verja verde con puertas que tienen su correspondiente campanilla... Por allí ha pasado la cólera de las turbas. Las verjas están en tierra y las puertas arrancadas.

No ha quedado en pie nada más que un plantío de tilos, una veintena de arbus-tos recientemente podados, que lucen sus ramas, duras y grises, como garras de buitre. Una verja de hierro pintada de verde corre por detrás de ellos á guisa de tapia, y deja ver á lo lejos el valle, in-menso, melancólico, donde humean mul-titud de chimenas de fábrica.

Las cosas se apaciguan como los seres. Heme ahí en el lugar de la escena del drama; y, sin embargo, me cuesta traba-jo rehacer la impresión. El tiempo es bueno, el cielo está muy despejado. Los soldados de Montmartre que me rodean parecen muy buenos muchachos. Están cantando y jugando al marro. Los oficia-les se pasean, riendo y charlando. Sola-mente una pared, agujereada por las ba-las y cuya cresta está toda desconchada, se levanta como un testigo y me relata el crimen. ¡Contra esa pared los han fu-silado!

Parece que en el último momento el general Lecomte, firme y resuelto hasta entonces, sintió que le faltaba el valor. Trató de luchar, de huir; dió algunos pa-

sos corriendo por el jardín; luego, co-gido en seguida, sacudido brutalmente, arrastrado, empujado, cayó de rodillas y habló de sus hijos:

—Tengo cinco, decía sollozando.

El corazón del padre había desgarrado



el uniforme del soldado. También había padres entre aquella turba feroz; á su llamamiento desgarrador respondieron algunas voces conmovidas; pero los im-placables desertores no quisieron oír nada, y exclamaron:

—Si no le fusilamos hoy, mañana nos fusilará él á nosotros.

Lo empujaron contra la pared. Casi en seguida un sargento de infantería se acercó á él:

—General, dijo, va usted á prome-
ternos...

Pero de pronto varió de idea, dió dos pasos atrás y le descargó su chassepot á quemarropa. Los otros no tuvieron más que acabar la obra.

Clemente Thomas, en cambio, no flaqueó ni un instante. Apoyado en la misma pared que Lecomte, á dos pasos de su cadáver, desafió la muerte hasta el último momento y habló con nobleza. Cuando se echaron los fusiles á la cara, por un movimiento instintivo, se puso el brazo izquierdo delante de los ojos, y aquel viejo republicano murió en la actitud de César... En el sitio donde cayeron, contra aquella pared fría y desnuda, como la placa de un jardín de tiro al blanco, véanse algunas ramas de melocotonero, y en lo alto se abre una flor temprana y blanca, que las balas no alcanzaron y que la pólvora no ennegreció... Cuando salí de la calle de los Rosales, por aquellas vías silenciosas que se esca-

lonan á los lados del terreno lleno de jardines y de terrazas, me encaminé al antiguo cementerio de Montmartre, que han abierto de nuevo hace unos días para enterrar los cadáveres de los dos Generales. Es un cementerio de pueblo, desnudo, sin árboles, todo lleno de sepulturas y de nichos. Como esos campesinos avariciosos que labrando sus tierras van comiéndose cada día un pedazo del camino vecinal, la muerte lo ha invadido todo, hasta las alamedas. Los nichos suben unos encima de otros. Todo está lleno. No se sabe dónde poner los pies.

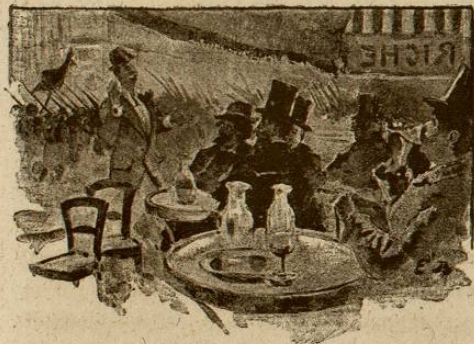
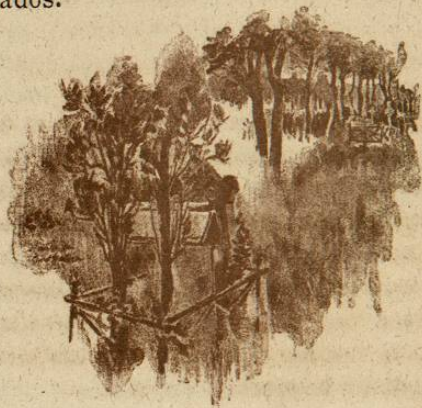
No conozco nada tan triste como esos cementerios antiguos. ¡Se siente tanta gente sin oír á nadie! Los que están enterrados en ellos parece como que están muertos dos veces.

—¿Qué busca usted? me pregunta una especie de jardinero-sepulturero, con kepis de guardia nacional, que está arreglando la verja.

Mi contestación le asombra. Vacila un momento, mira en derredor, y luego, bajando la voz, me dice:

—Allí abajo, junto á la capota.

Lo que él llama la capota es una especie de garita hecha de tela encerada, al abrigo de la cual hay algunas ajadas sargas de abalorios de vidrio y unas cuantas flores viejas de filigrana... Allado, una ancha fosa recién abierta. Nada de verja, nada de inscripción. Nada más que dos ramos de violetas, envueltos en papel blanco, con una piedra encima de los tallos para que no se las lleve el viento fuerte del terrero... Allí duermen uno junto á otro. En ese sepulcro de paso, se dió—mientras se devuelven á sus familias—boleta de alojamiento á aquellos dos soldados.



UNA EVASIÓN

Escrito durante la *Commune*.

Uno de los últimos días del mes de Marzo estábamos cinco ó seis, sentados en la acera, delante del café Riche, viendo desfilan los batallones de la *Commune*. Todavía no se batían, pero ya habían asesinado en la calle de los Rosales, en la plaza Vendôme, en la prefectura de policía. El sainete iba convirtiéndose en tragedia, y la gente no se reía ya.